18.ª EDICIÓN

GONZALO MOURE



El beso del Sáhara

GONZALO MOURE





La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM.COM

Primera edición: julio de 2006 Decimoctava edición: septiembre de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz Coordinación editorial: Berta Márquez Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Gonzalo Moure Trenor, 2000

© Ediciones SM, 2006, 2018 Impresores, 2 Parque Empresarial Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE Tel.: 902 121 323 / 912 080 403 e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-977-4 Depósito legal: M-26644-2018 Impreso en la UE / Printed in EU

El autor cede los derechos de esta obra al pueblo saharaui, para la realización de labores humanitarias.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Selva y Chej, mis anfitriones en la «jaima» de un millón de estrellas

PRIMERA PARTE (MARTA)

MI PADRE ERA DIPUTADO...

... y solía decir que un segundo de contacto humano es más importante que un mes de despacho.

De aquellos días recuerdo la excitación de lo desconocido. Yo era una niña de poco más de trece años y la visita al Sáhara era mi primera experiencia fuera de los dulces viajes de vacaciones con mis padres. Habíamos llegado al aeropuerto de Tinduf y al principio la fealdad del desolado paisaje argelino me había golpeado, casi ofendido. Pero después, cuando la comitiva oficial se adentró en la zona en la que estaban los campamentos de refugiados, empecé a verlo todo de una manera distinta: la inacabable *hamada* no era más que tierra estéril, un mar de piedras, pero resultaba magnífica, soberbia, una orgullosa extensión de nada en medio del vacío. De vez en cuando un árbol solitario, unas dunas a lo lejos, un camino entre las piedras y la arena dirigiéndose a ninguna parte...

Tan fascinada me sentía que apenas escuchaba a mi padre, empeñado en demostrarme que él ya había estado allí varias veces, que sabía el nombre de los raros árboles y de los pequeños matorrales.

Nos recibieron en un campamento en el que había varias decenas de tiendas de campaña y una fantástica *jaima* del desierto. En la *jaima* nos ofrecieron té y un grupo de niños y mujeres, acompañados por unos pocos instrumentistas, cantaron preciosas canciones saharauis. Mi padre sonreía a diestro y siniestro, mientras que mi madre solo concedía alguna de sus luminosas sonrisas a los hombres que parecían mandar en el campamento.

Yo, por mi parte, estaba en la gloria. Varios chicos saharauis me rodeaban constantemente; estudiaban en Cuba y tenían un gracioso acento caribeño. Sus ojos chispeaban y me trataban como si fuera una mujer adulta.

Recuerdo que después del té y la música salí a pasear con los chicos «cubanos» y la noche del desierto me golpeó por sorpresa. Uno de ellos –se llamaba Chej– me había dicho que no debía mirar más que al suelo.

-No levantes la vista por nada, por nada.

Le hice caso. Supongo que, en medio de la noche, mis pupilas se fueron dilatando para poder ver algo en el oscuro suelo. Cuando Chej creyó que estaba lista, me dijo:

-Ahora, mira hacia el cielo.

Levanté la mirada y un enjambre de estrellas me golpeó en el corazón a través de las pupilas dilatadas. En ese instante luminoso, suspendida entre la arena y el cielo, llegué a creer que nunca más vería algo tan hermoso.

Chej reía con sus compañeros por mi asombro.

Chej era un soldado que había estudiado en Valencia. Era callado, guapo y tímido. Carecía del punzante sentido del humor de sus compañeros y no parecía capaz de lanzarme ninguna insinuación. De todos ellos era el que me hacía sentir más a gusto por su silencio, su mirada triste, su piel de apagada canela y el modo astuto y sorprendente con el que me había llevado de un solo salto de la *hamada* a las estrellas.

Luego me acompañaron hasta la tienda en la que me esperaban mis padres.

Ella ya estaba lista para dormir, pero mi padre se empeñó en contarme la historia del Sáhara. Una historia dolorosa en la que creía que había sido decisiva la suerte: la mala suerte. Según él, los saharauis tenían razones de sobra para despreciar y hasta odiar a los españoles, aunque eran muy inteligentes y no les interesaba demostrarlo. Según él, nos iban a recibir siempre muy respetuosos.

-Pero no lo olvides nunca: en el fondo, nos detestan.

Me explicó entonces una complicada historia de promesas de España que no se pudieron cumplir y de desgraciados malentendidos.

Mi padre habló mucho, pero en mi mente seguían resonando las voces de los chicos saharauis y los silencios de la noche estrellada. Apenas lograba entender lo que oía y tampoco me importaba mucho. Al cerrar los párpados me volvía a sentir suspendida entre la arena y el cielo, y los ojos brillantes de Chej se habían convertido en dos más del enjambre de estrellas.

Sin embargo, no volví a ver a los chicos de acento cubano, ni mucho menos a Chej, al que buscaba cada vez que veía a alguien con un anorak como el suyo. Los días se fueron alargando con monotonía y llegué a pensar que la primera noche alguien me había puesto una droga en el té para que sintiera entusiasmo por aquella tierra desnuda. Me jaleaba a mí misma y pensaba que estaba allí, en el «Tercer Mundo», como si fuera de Médicos sin Fronteras. De esa manera lograba aguantar las interminables visitas a los campamentos, a las wilayas y las dairas, las escuelas, los hospitalillos, al huerto imposible y surrealista que crecía en medio de la hamada...

Pero poco a poco todo se fue volviendo igual para mí, una repetición inacabable de los mismos saludos, las mismas canciones, los mismos niños que salían de todas partes para tratar de acercárseme. Me llamaban, me pedían caramelos, siempre me preguntaban de dónde era... Cuando podían, también me tocaban con los dedos, agarraban mis manos y las apretaban como si quisieran que no me fuera nunca.

Mi madre me había advertido:

-Ten cuidado, tienen muchas enfermedades de la piel.

Yo me rebelaba contra aquella frase tan hiriente, tan espantosamente llena de complejo de superioridad, y devolvía los saludos estrechando las manos que se me ofrecían. Pero no podía evitar que, en el fondo, me diera miedo tocarlas.

La comida resultaba aún peor. Tuvimos que compartirla muchas veces con nuestros anfitriones, sentados en el suelo de una *jaima*, apenas recostados en almohadones y... ;con los dedos!

Mi padre rechazaba el tenedor que nos ofrecían y trataba de imitar a los saharauis, pero mi madre y yo preferíamos los cubiertos, aunque no podíamos evitar que aquella gente metiera las manos en la misma fuente. Luego, de noche, mi padre se reía de nosotras:

-¡No sabéis lo que os perdéis! ¡Las yemas de los dedos le dan un saborcito a la carne...!

Al cuarto día de visita, yo ya no salía del jeep, si podía. Pero mi padre me quería abajo, en la arena, demostrando a todos, a su equipo y a los refugiados, que su hija no tenía miedo, que no le importaba la bandada de niños mugrientos y mocosos que

la rodeaba de inmediato en cuanto descendía del *jeep*, que no sentía ningún asco si había que comer algo de aquellas fuentes compartidas.

Aquel mediodía alegué que hacía mucho más calor del que se podía soportar.

-Baja.

Cuando nadie más que mi madre o yo veía su rostro, no era el hombre sonriente y cordial que observaban los demás. Los ojos le brillaban y la boca se le endurecía; entonces no admitía dudas ni dilaciones. Mi madre decía que no estaba casada con él sino con un vocablo que a mí me sonaba a latín. La palabra era desideratum.

-No estoy casada contigo, estoy casada con Desideratum.

Yo entendía perfectamente que quería decir que estaba casada con sus deseos, con sus órdenes, con sus obligaciones.

Yo era hija de la palabra en latín.

-Baja.

Bajé.

El sol, el tópico aliento ardiente del desierto.

Recuerdo con nitidez mis sensaciones de entonces. Recuerdo también que pensé: «Venga, Marta, cinco minutos más. Cinco manos, cinco sonrisas falsas, cinco besos, ¡cinco...! y al jeep».

La gente esperaba delante de las tiendas y de unas pocas casas de adobe, sin tejados.

-Mi mujer, mi hija...

Una niña del campamento se me acercó. La vi avanzar con sus ojos de avellana clavados en mí, moviéndose con la cautela de un antílope a punto de huir. Durante unos segundos estuvimos las dos quietas, mirándonos a los ojos. Llevaba un vestido suelto de cuadros rojos sobre unos pantalones viejos de esquijama y tenía el pelo sucio y arenoso, tieso y parduzco. Daba una impresión tal que me hizo retroceder un paso. Pero al aproximarse pude ver su rostro: era una niña preciosa, de rasgos afilados y dulces, con los pómulos muy altos y marcados bajo una piel finísima; sus ojos eran del color de la miel de flores. A pesar de que era mucho más menuda que yo, daba la sensación de ser altísima, inacabable. En aquellos segundos apenas tuve tiempo de pensar que teníamos la misma edad.

Luego se acercó a mí de medio lado e inclinó un poco la cabeza con la pelambrera hirsuta para alcanzar mi mejilla. No era yo la que iba a besarla, sino ella a mí; recuerdo que eso me sorprendió porque yo decidía a quién besar, generalmente niños pequeños en brazos de sus madres. Como mucho, permitía que me devolvieran una caricatura de beso o incluso que me tocaran una mano, lo que parecía formar parte de sus costumbres. Pero esta vez era ella la que se aproximaba a mí, la que había decidido besarme. Pude haberme alejado.

Pude, pero no lo hice.

Sus labios estaban tensos. Sentí su calor, por encima del calor del viento de la *hamada*, y por fin el contacto de sus labios en mi mejilla. Cerré los ojos de manera instintiva, como cuando se bebe el contenido de un vaso.

Su beso estaba lleno de vida. Apreté los ojos y sentí sus labios despegándose de mi mejilla, su aliento ligero, más fresco que el aire del desierto.

Al abrir los ojos vi a una niña rubia que se parecía a mí. Estaba delante de mí, donde antes había estado la niña saharaui del pelo sucio.

Tardé un poco en darme cuenta de que no se parecía a mí: era yo.

No acerté a moverme. La niña rubia se iba, se reintegraba al grupo de gente al que yo pertenecía mientras en mis labios quedaba la huella del beso.

La niña rubia se volvió y me miró con los ojos muy abiertos. Luego dirigió la vista hacia mi madre y se acercó a ella. Mientras subía al Land Rover, me volvió a mirar y desapareció en el interior sombrío del coche.

El Land Rover arrancó y los demás *jeeps* de la escolta de mi padre también.

Entonces reaccioné. Salí de mi inmovilidad como si rompiera un muro y grité:

-¡Mamá!

Mi pensamiento era el mismo de siempre, pero no grité en español; grité «mamá» en hasanía, la lengua de los saharauis.

La gente del campamento me miró extrañada. Detuve mi carrera. El corazón se me salía del pecho.

El sol caía sobre mis ojos mientras la caravana se alejaba.

Me volví hacia la gente del campamento, que me miraba todavía con la sorpresa de haberme oído chillar «mamá» hacia los *jeeps* de los españoles.

Grité:

-¡Oigan, por favor, hagan algo, es un...!

Pero lo decía en hasanía.

Vi mi ropa, el informe vestido de cuadros de la niña saharaui que me había besado. Vi mis brazos morenos, mis manos con uñas tan blancas, los pies al extremo de mis piernas, calzados con unas baratas sandalias de cuero, los dedos sucios de los pies.

Caí sentada sobre la arena.

Una mujer se acercó a mí.

-Nadira, ¿qué te pasa?

La entendía. Era una mujer de unos treinta años, de piel gruesa y labios redondos, que me miraba con expresión de extrañeza.

- -¡Yo no soy Nadira! -respondí en hasanía.
- -Ya, mi niña, ya.

Me abrazó. Me sacudí de su abrazo.

-¡Déjeme! ¡Déjeme!

Arena, piedras. Tiendas de trapos. Casas sucias. Bidones rotos. Niños mirándome. Un hombre alto, imperturbable, con un gran turbante negro y una guerrera de camuflaje verde, sin galones ni distintivos.

-Llévala a casa. Ha sido la espera bajo el sol.

Y escupió sobre la arena, en dirección hacia la polvareda que levantaba la caravana de *jeeps* en la que se alejaba ella, Marta, yo.